

tos à cumplir los ordenes , que recibis del Altissimo , dejad por un momento el Trono de las Estrellas. Volad à nosotros, y fereis poseidos de una ternura compassiva à vista de un justo tan fantamente prodigo de su vida , que à falta de Tiranos, que le despojen della , substituye otros tantos Verdugos , como asperidades , y rigores capaces de matarle. Traed coronas para ceñir las sienes de un Martir de si mismo. Prevenid copas de oro para recibir esta sangre, que no es menos estimable por derramarla el amor , que si la hiciera correr la tirania ; ni vale menos por ser su efusion efecto de un odio santo , que si lo fuera de un aborrecimiento detestable. Estad pronti para tomar en vuestras manos el triunfante espiritu de Pedro , que despues de quarenta y siete años de continuado martirio , no puede menos de dejar en breve los mortales despojos de la carne. En efeto , Señores , por quarenta y siete años continuos perseverò nuestro Santo resolviendose siempre en lluvias de sangre las nubes de los azotes , y los cilicios ; y si no recibì como su padre las llagas en los pies , manos , y costado , serìa quizà , porque en su cuerpo , como en el de Job , no quedaba ya lugar libre de heridas. (1) Fiel imitador de San Francisco añadió rigores sobre los rigores de su Padre. Como el Serafico Patriarca ayunò sus siete quaresmas con inimitable aspereza ; pero èl continuò sus ayunos por quarenta y siete años continuos , passando sin el mas ligero alimento muchos dias ; y por tres años fue su ordinario manjar , un solo pedazo de pan escogido de proposito el mas duro , bien que algunas veces le comia blando , pero era por las abundantes lagrimas con que le bañaba. Como el Serafico Patriarca rociaba con cenizas el pobre alimento que admitia ; pero èl añadia agenjos , y acibar à las defabridas yervas , cuyo re-

(1) Job c. 2. v. 7. Percussit Job ulcere pessimo à planta pedis usque ad verticem ejus.

galo reservaba para las Pasquas , y grandes festividades. Si vosotros haceis memoria , que Pedro meditaba dar leyes para hacer permanente la Reforma de la Religion de S. Francisco , no estrañareis tan rigido ayuno , despues de haverle oido decir à San Basilio , que el ayuno levanta el espiritu , dicta los buenos consejos , y llena de prudencia à los Legisladores. (1) Ni era la abstinencia sola en la que Pedro quiso ser reconocido como heredero de su Padre. Aquellos golpes de diciplinas , que bastaron para llegar à infundir horror en las mismas peñas de Alberna , fueron prevencion à la soledad profunda del Pedroso , para que no concibiese susto del estruendo de los grillos , y cadenas con que oiria despedazarse nuestro Alcantara. La tierra aspera , hollada de los pies desnudos de San Francisco , debia entender , que ni sus espinas , ni sus abrojos la librarian de las inocentes plantas de Pedro , quien caminaria sobre ella à pesar de las sangrientas heridas con que serìa lastimado. El Sol , que desde el Cielo hizo penosos sobre la tierra los viages del Serafico Padre San Francisco , debì ensayarse para caer despues à plomo sobre la cabeza de nuestro Santo , que llevandola siempre descubierta , (para mostrar , como èl decia su reconocimiento à la presencia de Dios en todas partes) era vivamente abrasada de los encendidos ardores en el dia : y si de neche por ventura se hallaba en el campo , ò ya fuese saliendo de proposito ambicioso de tormentos , llegaba à quajar el agua , y la nieve sobre ella , de tal manera , que para arrancarle el yelo por las mañanas , era preciso sacarle de raíz el cabello del cerquillo. Los cilicios , los rallo , y las cadenas tan familiares à San Francisco , eran quienes pretendiendo mayor intimidad con nuestro Santo , se introducian en su carne , y llegaban à herirle hasta los huesos. Y para que los ojos , y la lengua no se gloriassen haver exi-

T 3

mi-

(1) S. Basil. Hom. 1. de jejun. ante med.

mido entre los otros miembros, de las penurias à que un santo odio los sugetaba, propuso como Job, (1) pero cumplió sobre su egemplo, no solo en abstenerse de fijar los ojos en personas de sexo diferente, pero ni de los mismos Religiosos. Como si huviera aprendido de David el temor à las palabras impertinentes, y vanas, decia al Señor con el Profeta: (2) Poned, Señor, à mi boca una zelosa guardia, y una puerta de circunstancia à mis labios, para que mi corazon no se derrame en palabras maliciosas. Parecia haver estudiado esta virtud bajo la disciplina de Agaton, pues usando de semejante cautela, llevó por tres años continuos unas piedrezuelas en la boca. (3) Tantas austeridades, y rigores padecidos sin tibieza por tantos años, vinieron à hacerle parecer un cadaver con movimiento. La suma debilidad, y flaqueza à que le redugeron sus penitencias, le mostraron semejante à las raices de los arboles: (4) de tal manera, que si nuestro Santo huviera algun tiempo vivido con los regalos, y las abundancias, entregado à las conveniencias, y lisonjeros placeres, pareceria despues tan extraordinaria la mudanza de su semblante, como pareció la de Alcibiades, el qual habiendo perdido con el tiempo la natural belleza de su rostro, obligò à quantos le conocieron à que digessen admirados, que: *Alcibiades in Alcibiade quarebatur*: tan debiles eran los vestigios, que reconocian en èl de la hermosura antigua. Yo, quando de espacio me pongo à confiderar el tratamiento, que Pedro hizo à su cuerpo, me persuado, que èl huviera acabado muchas veces con su vida, à no acudir Dios à suavizar sus asperezas con los favores del Cielo, y à llenar de dulzuras todos sus trabajos.

§. IV.

(1) Job cap. 13. v. 1. *Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine.* (2) Psal. 140. v. 3. *Pone Domine custodiam ori, &c.* (3) Offic. Text. tit. Taciturni. *Ut addisceret artem tacendi, per tres annos lapillos quosdam in ore portavit.* (4) Eccles. in Of. S. Petr. *Arida radici similis.*

§. IV.

SI Señores, tan copiosa fue la lluvia de las divinas misericordias sobre nuestro Pedro, como lo era la de las amargas aguas de los dolores derramadas del caliz de su espantosa penitencia; y por esto es, que nuestro Santo pudo decir como David: Segun la multitud de los dolores, que se unieron en mi corazon, fue la abundancia de las consolaciones divinas, que hicieron rebosar de gozo todo mi espiritu. (1) Parecia nuestro Santo un Moysès sobre el monte rodeado todo de los horrores, y compadecido de los que miraban arder la eminencia, y comoverse los peñascos, mientras èl con su Dios se gozaba en una agradable serenidad. (2) No dudo havreis muchas veces leído lo que del monte Gata escribe Juan Botero, y con èl gran numero de Geografos, y es, que en el mes de Abril, en que el Sol brilla mas ardiente en aquella Region, se observan àzia la parte occidental lluvias de granizos, inundaciones de nieve, tempestades ruidosas, relampagos funestos, rayos, truenos, y las inclemencias todas de un crudissimo invierno. Al mismo tiempo por el otro lado del monte àzia el oriente, se siente un ayre suave, un clima templado, una estacion deleitable; el Cielo se mira risueño, y se ve una apacible calma dentro el golfo de Bengala, el qual con sus lisonjeras hondas lame al monte Gata sus faldas. Qualquiera que se pone sobre la cima del monte, vè à sus dos lados contrarissimos efetos. A una parte secos lor arboles por las eladas escarchas; à otra adornados de flores, frutos de una deliciosa primavera. Deste lado mira desgajadas las ramas de las encinas por los furiosos aquilones; del otro oye à las

T 4 ho-

(1) Psal. 23. v. 19. *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolaciones tuæ latificaverunt animam meam.* (2) Exod. c. 19.

hojas de los arboles, que forman su dulce susurro al soplo de un apacible vientecillo. Aquí albergue de habitantes curtidos del frío, allí amenos prados para alegres paseos. Si vosotros os hallais sobre este monte, diriais, y diriais bien, ser él un vivo retrato de lo que admiró el Cielo, y la tierra en nuestro Pedro de Alcantara. Veíanse en él por de fuera efectos de un delincente viador; por dentro gozaba su dichosa alma los gages de bienaventurada sobre la tierra. Mostraba en el exterior agitaciones penosas; ocultaba en su interior provechosa serenidad. A los ojos de la carne, se representaba un hombre lleno de amarguras; à los del espíritu, se dejaba ver nadando entre delicias. Quien le juzgaria por la exterior apariencia, le reputaria teatro de los horrores; quien hiciera juicio dél por las comunicaciones del Cielo, le embidaria como sugero donde se albergan el gozo, y el deleite. Yo quando considero los defacostumbrados favores con que le honró el Cielo, me persuado, que olvidando la naturaleza las antiguas ofensas de Adan, usa con nuestro Santo, à expensas de la Divina Omnipotencia, las mismas atenciones que con los bienaventurados en la Gloria. Y aun imagino poder decir francamente de nuestro Alcantara, lo que el Chrisologo dijo del grande amigo de Dios Moysès: *Ad triumphos suos militare sibi mandat elementa: jubet durari undas: Cælum pluere, dat frumenta: scribit vitam normam, fixit terminos disciplina.* (1) Para celebrar los triunfos de nuestro Santo, quiso Dios, que todos los elementos debiesen contribuir. Las aguas le forman solido camino à este nuevo Legislador fugitivo del Egipto corrompido del mundo, que llevando en su corazon la Arca santissima, conduce consigo una multitud de fieles à sacrificarse à Dios en los desiertos. Y como el espíritu de Dios, es quien poseyendole le anima, se mira aqui renovado aquello del Ge-

(1) S. Petr. Chryfolog. serm. 43.

nefis, que: *Spiritus Domini ferebatur super aquas.* (1) El Cielo à sus ruegos embia las lluvias oportunas. Ordena à la nieve, que atenta, y cortès con nuestro Santo, le forme sobre su cabeza un hermoso pavellon, y con milagro inaudito le sirva la nieve de defensa contra la misma nieve. Entra Pedro en la Ciudad de Avila para hacer visible por orden de Dios, à beneficio del mundo, el sagrado fuego, que ardia en el corazon enamorado de Santa Teresa de Jesus. Considerase el Cielo obligado à honrar la comission. Toma à su cuenta celebrar su arribo à la Ciudad con magnificas luminarias. Forma un fenomeno maravilloso, cuyas luces obscureciendo las del Sol, previenen los entendimientos tenebrosos para que honren el merito del huesped, y den la estimacion, que se merecen las virtudes incomparables de Teresa. (2) La tierra se muestra à sus ordenes sumissa, aora llenando las campiñas de doradas espigas, aora transformando repentinamente su baculo en una pomposa higuera. La noche deja el manto negro de sus tinieblas, y viste esplendida gala para acompañarle. Los vientos deponen su soberbia, y calman à su imperio quando mas obstinados. Mercedas honras por cierto deste nuevo Moysès, destinado para escribir una nueva norma, y señalar terminos de disciplina al Pueblo Franciscano, que hace trabajosa vida en los desierto profundos de los claustros: *Scribit vitam normam, fixit terminos disciplina.* Mas era poco para un Santo de su caracter, que las criaturas sublunares, y terrenas le mostrassen tanta sumission, si no consiguiessse, que los mismos Angeles le sirvieran en sus urgencias, y necesidades. Ni penseis por esto, querer yo aqui celebrar à nuestro Santo entre todos los otros, como que ha conseguido una tan singular honra sobre todos ellos, de tener prontos à los Angeles para asistirle en sus caminos, y ocupaciones sobre la tierra. No apruevo tan

(1) Gen. cap. 1. v. 2. (2) Chron. de Alc.

frecuentes, como odiosas comparaciones; antes bien digo, que este es el oficio de los Angeles, cumplir con los Justos las comisiones del Altísimo. Los Espiritus regios del Empireo, Consules de la Republica dichosa, (uso de la frasse de San Gregorio) (1) son destinados para pedagogos de los hombres, si he de decirlo con las mismas expresiones de San Geronimo. (2) No obstante en nuestro Alcantara descubro yo alguna singularidad en estas honras, que de los Angeles recibe. Sabido es, que Ananias, Misael, y Azarias, Jovenes Hebreos, sola una vez fueron asistidos visiblemente del Angel del Señor, quando se hallaban rodeados de las llamas, à que Nabucodonosor los havia condenado. (3) Hicieron musicas agradables à un San Francisco de Assis en su enfermedad; à una Santa Genovefa en su nacimiento. Transportaron à un Habacuc al lago de Babilonia; à un Pedro primer Apostol, à Jerusalem desde Roma; à un Frisso, y à un Eusebio, à la fuente del Bautismo. Fueron Maestros de la Doctrina Christiana, à un Valeriano, y de los primeros rudimentos de las letras humanas, à una Veronica, y à un San Lattino. Pero à nuestro Alcantara, quien podrá decir con quanta frecuencia, y en què multitud de officios no le sirvieron? Siente nuestro Santo la falta de provision para sus Compañeros; acuden los Angeles con suma celeridad, y le dan el gozo de repartir à sus hijos, como un nuevo Adan, pero inocente, blanquissimos panes, no amassados con los sudores de la frente, sino con las aguas del Paraíso. Sale de su Ermita de nuestra Señora de Belèn, à media noche, para passar al Convento à buscar luz para rezar los Maytines; y una multitud de Angeles previnien su diligencia. Aparecensele en forma de gallardos mancebos, como antiguamente se dejaron ver de Abrahan, (4) y de Jacob; (5)

(1) S. Greg. Mor. 4. 27. (2) S. Hieron. in Ep. ad Gal. 1. S. Thom. à Villan. Conc. 2. S. Mich. (3) Dan. 3. v. 49. (4) Gen. cap. 18. v. 2. (5) Gen. cap. 32. v. 2.

y llevando de ventaja antorchas encendidas en sus manos, le asistieron todo el tiempo que duraron las Divinas alabanzas. Ha de passar à Valladolid para consuelo del Venerable Tegeda; le llevan los Angeles en sus manos, y le sirven de ligerissima litera. Resuelve por orden del Cielo hacer à Avila su viage; los Angeles le transportan por los ayres. Le llama desde Arenas un devoto suyo puesto en affliction; corre allà pronto, pero los Angeles costean el viage. De manera, Señores, que hablando con los otros Justos, se les puede decir aquello de David: *Mandò à sus Angeles, que os sirvan de guia fiel en vuestros caminos*; (1) pero hablando con nuestro Santo, se le puede añadir, entendiendo el lugar del Psalmo en toda su extension: *En sus manos te llevaràn, para que en los caminos no recibas ofensa de las piedras*. (2) Ni para recibir Alcantara semejantes obsequios de los Ministros del Señor, le fue necessario como à Tobias el viejo, tener los ojos cerrados para poder mirar la luz; ò como à Lot ver ya encendidas las nubes para descargar diluvios de fuego sobre Pentapolis; (3) ò como à San Eleuterio gemir en una obscura prision; ò como à Bertarido huir la espada de Grimoaldo; (4) ò finalmente como al noble Falco mirarse ya en la vigilia de dar su cuello al cuchillo. (5) Tan extremas urgencias padecidas por estos Justos, parece obligaban à los Angeles à ofrecerles aquellos socorros, que en efeto recibieron de su mano; mas para servir à nuestro Pedro, no era necesario, que los moviesse siempre la necesidad en que le miraban algunas veces; bastaba solo querer conciliar en los hombres respeto à su persona, ò aliviarle de ligerissimos trabajos. Assi fueron vistos los santos Angeles entrar en brazos à nuestro Santo en la Iglesia de Placencia,

(1) Psal. 90. v. 11. *Angelis suis mandavit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis.* (2) Psal. 90. v. 12. *In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.* (3) Gen. cap. 19. v. 14. (4) Amb. Quarterm. Dom. 1. fol. 72. cap. 2. (5) Barry. Padag. Coelest.

de Padres Dominicos, y con soberana dignacion limpiarle el polvo, y el sudor. Pero yo no estraño, Señores, que los Angeles usassen con nuestro Santo atenciones tan humildes, y sumissas. Sè, que los Cortesanos de la tierra tienen puestas los ojos en sus Principes para observar sus inclinaciones, y movimientos, y dar testimonio de su aprobacion. Por esto es, que en las Cortes de los Soberanos del mundo, aquellos se miran mas atendidos de los Grandes, que han merecido declaraciones mas publicas de la gracia del Monarca. Y si esto es assi, como podian menos los Angeles de concebir sentimientos grandes de ternura, y obsequio àzia nuestro Pedro, à quien miraban hecho el sugeto de todas las caricias de Dios? Quièn lo creyera? Jesu-Christo, en forma de un mancebo gallardo, se sienta en un convite al lado de nuestro Santo. Jesu-Christo, ante quien asisten con temblor, y doblan reverentes su rodilla los Principados, (1) le trincha la comida, le pone los bocados en la boca, le lleva la bebida hasta los labios, y se los limpia despues con una candidissima toalla. Os confieso, que quando lei la primera vez este caso, obrò en mì tanta comocion esta maravilla, que como extatico por la grandeza del prodigio me encogì de ombros, y arqueando las cejas como un hombre sorprendido de repente de una inaudita novedad, no sabia sacar à los labios las magnificas ideas de alabanza, que tenia concebidas mi corazon. Contaba una por una todas las muestras de amor, y confianza dadas por el Señor à Abraham, Isaac, y Jacob sus siervos fieles. Ponderaba las aventuras de Moysès, de Gedeon, y de Samuel. Rebolvia los sucessos del Jordan, de Jericò, y del Carmelo. Hacia combinaciones de la dicha destes escogidos, con la de nuestro Heroe; y reconociendo à èsta superior à todas las otras, aunque tan grandes, prorumpieron mis labios como de concier-

(1) Job cap. 9. v. 13. *Sub quo curvantur, qui portant orbem.*

cierto con el corazon en aquellas palabras del Chrysostomo, que fueron las primeras, que me suministrò el espiritu de admiracion, y gozo que me posseia: *Quò te pertrahit Christe tuorum amor?* Hasta donde te lleva Señor el amor de tus escogidos? A quièn huviera venido al pensamiento, que podia haver merito en un hombre de tierra para arrebatarse desde el Cielo al mismo Dios, que le firviesse; ò que el amor à sus criaturas, obligasse à Dios à descender alguna vez desde la Gloria, à usar con ellas officios de servidumbre? Què reservais para hacer, Señor, con los Bienaventurados en la patria, donde se sientan à la esplendida mesa de tu Gloria, si assi os portais con Pedro en el destierro del mundo? Ya conozco yo, Señor, y vosotros, Señores, podeis entenderlo, de donde procedia aquel amor ardentissimo, que apoderandose de nuestro Santo, le llevaba siempre transportado. El reconocimiento à tan señalados favores, le hacia concebir unos sentimientos tan enamorados, que arrebatandole con suma violencia de la tierra, le mantenia muchos dias por los ayres, con el pan solo de vida, y entendimiento, y con el agua de una saludable sabiduria. (1) La fuerza deste amor le transporta desde el jardin al Sagrario, donde aborto en la contemplacion de aquel Divino Trisagio, le recrea aquel Padre, que siempre engendra, por mas que siempre sea Padre de una sola prole; le consuela aquel Hijo, que siempre es palabra, por mas que nunca salga de la boca; le abraza aquella llama, que siempre vive, aunque siempre sea espirada. Este amor divino le eleva à vista de una Cruz plantada en el huerto de su Convento. Ella le baña de resplandores. El se une à ella, ya que no con cicatrices de sangre como su Padre, con clavos de oro por la candida belleza de sus luces. Despues hace, que aparezca con-

(1) Eccles. cap. 15. v. 3. *Cibavit illum pane vite, & intellectus, & aqua sapientie salutaris potavit illum.*

fumirse en vivos incendios aquella parte del monte donde Pedro elige passar la noche con su Compañero, para que se vea, que no es sola la cima del monte Alverna, la privilegiada con llamas celestiales. (1) Tan absorto le llevaba el amor divino, que imitador de su Serafico Padre, especialmente en los dos años, que sobreviviò à la impresion de sus Llagas, estaba tan frecuentemente enagenado de todo lo terreno, y arrebatado de la fuerza del espiritu, que era menester hacerse fuerza, para que quedasse su mente desembarazada, y libre al preciso trato con los hombres. Toda su conversacion, como la del Apostol, se reducía à amorosísimos coloquios con su Dios; (2) y anhelando, ò como ciervo sediento à las fuentes de las aguas, ò (3) como Esposa al talamo nupcial, suspiraba por los eternos abrazos de su Esposo, de quien solo le dividía la debil pared de la mortalidad. Padecía deliquios dulcíssimos de amor, que le huvieran disuelto el espiritu, y rompido las ataduras de la carne, à no substituir por las flores, y manzanas, que pedia la Esposa de los Canticos, (4) para repararse de un accidente semejante, las promessas con que el Señor le aseguraba su possessión, y los balsamos suavísimos, que le hacían dulces, y estimables las heridas profundas del amor. Quando sentía acrecentarse en su corazón este sagrado fuego, era tanto el ardor en que se abrafaba, que saliendo al monte, aplicaba à su pecho desnudo las frias piedras para templar el incendio. Abrazabase apretadamente con los peñascos, y así perseveraba tan largo tiempo, que miradas por una parte las delicias del Paraíso, à que se veía ya cercano; y por otra la importancia de su aplicacion à la solidez de la nueva Reforma de la Orden, tan procurada de su

(1) Eccl. in Off. SS. Stigm. S. Francisc. *Vertex montis inflammatur vicinis cernentibus.* (2) Philip. cap. 3. v. 20. (3) Psalm. 41. v. 2.

(4) Cant. cap. 2. v. 5. *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore languo.*

zelo: estoy para decir, que Pedro se asía de las peñas para resistirse por entonces al rapto de los Cielos; semejante en cierta manera à Ulisses, el qual se mandaba atar apretadamente à las entenas de la Nave, para no ser arrebatado del canto de las Sirenas.

§. V.

UN hombre deste caracter era, Señores míos, no solo conveniente, sino necesario para substituir à San Francisco en sus grandes ideas. Para hacer permanente contra qualquiera oposicion la nueva obra de la Reforma, à que se havia dado feliz principio, era precisa la aplicacion de un sugeto en quien concurríessen constancia invicta à prueba de todos los trabajos, zelo de la mayor pureza de la Regla, autoridad para con los Grandes de la tierra, merito sublime para con Dios. Y ved aqui, que todas estas calidades se miraron unidas con ventajas à qualquiera otro, en nuestro Heroe Renovador San Pedro de Alcantara, (*) El trabajò con zelo infatigable en restablecer las practicas antiguas de San Francisco. Considerabase hijo suyo por la profesion de su Instituto; y sintiendose llamado à sucederle en las empresas delicadas de hacer bolver aquellos dias dichosos, para satisfacer à los deberes de heredero de San Francisco, se dedicò con egemplar aplicacion à hacer cumplir la voluntad de su Padre. Y lo consiguió tan à satisfacion de su deseo, que tuvo el gozo de mirar en su Reforma, semejantes progressos à los que admirò en su tiempo S. Francisco. De manera fue esto, Señores, que si San Pablo considerando su fidelidad, su zelo, y las fatigas con que desempeñò las funciones de Apostol, tuvo animo para decir de sí

mis-

(*) *Austeram nimis vitam duens, apostolicum S. Francisci spiritum renovavit.* Eccles. Offic. S. Petr. 1. lect. 2. Noct. die infr. oct.